

Raíces históricas de los nacionalismos contemporáneos

ANTONIO FERNÁNDEZ GARCÍA

Departamento de Historia Contemporánea
Universidad Complutense. Madrid

El tema es de la máxima actualidad. A partir de la cadena de revoluciones populares del otoño de 1989 y el desmoronamiento de los regímenes comunistas, y de la U.R.S.S. dos años después, el nacionalismo ha resurgido en el panorama mundial con una fuerza sorprendente. En una época de instituciones supranacionales y de problemas de ámbito planetario puede parecer una involución, un retorno al uso de la lente minúscula para afrontar los problemas y a la nostalgia telúrica como sentimiento inspirador de la sociedad. Resaltando su vertiente inquietante ha hablado Ralp Dahrendorf del «retorno de la tribu», planteamiento coincidente con el que se desarrolla en «Las tribus de Europa», un apasionante libro de Ramón Luis Acuña. Más allá de esta calificación de tribal, que se justifica por el viso espasmódico que ha asumido en nuestros días la difusión del fenómeno, el historiador ha de remontarse a sus raíces, exigencia a la que respondió la jornada de estudio organizada en París por la «Société d'Histoire Moderne et Contemporaine», así como el coloquio organizado por la Universidad de Santiago en septiembre de 1993. Y a esta exigencia intenta contribuir este trabajo sintético¹.

¹ «Nations, nationalités, nationalismes en Europe, 1850-1920». Bulletin de la S.H.M.C., n.º 1-2 (1996). J. G. Beramendi, R. Maíz, X. M. Núñez (eds.): «Nacionalismo en Europa. Pasa-

El término nacionalismo es ambiguo; ha servido para designar una familia de doctrinas que se apoyan en ciertos postulados filosóficos, para calificar un movimiento político partero de bastantes naciones en el mundo contemporáneo, en otras ocasiones para legitimar una desviación fanática del sentimiento patriótico. Delannoi ha enumerado la serie de sus ambivalencias: orgánico y artificial, individual y colectivo, universal y particular, generador de independencia o dependencia, etc. Limitándonos a la primera nota de la enumeración, sostiene: «El argumento supremo de lo nacional es orgánico, es algo vivo. La nación es palpable y duradera porque en ella está el sentimiento de la existencia». La nación es una construcción de los individuos. «Lo que es nacional aparece como construido, pues, en esta cuestión, la voluntad cuenta más que la conciencia. Los mitos, las costumbres, las lenguas, son ciertamente datos inciales, pero no adquieren poder sino por la repetición, la difusión, y en definitiva, la construcción»². Antes que los estudiosos lo habían destacado los pensadores. «Lo que hoy llaman en Europa una «nación», y que en realidad es algo fabricado y no innato...», escribía Nietzsche en «Más allá del Bien y del Mal»³.

El vocablo nación se ha empleado en todas las épocas. En la Biblia, en el libro de Jacob, se contraponen el pueblo judío y las naciones de gentiles. Y de naciones se habla y escribe en la Edad Media. Pero el contenido semántico contemporáneo es de otra naturaleza. Desde la Edad Media se entiende nación en la acepción etimológica de la palabra latina «nasci», en referencia a los hombres nacidos en un determinado territorio, otorgando a la palabra un sentido geográfico; en tanto que a partir de la Revolución Francesa la nación significa el conjunto de los ciudadanos, personas a las que se atribuye una serie de derechos sagrados. Por tanto se pasa de un concepto territorial a un concepto jurídico-político, que inspirará los movimientos revolucionarios de alcance continental del siglo XIX.

Por la heterogeneidad de sus manifestaciones es preferible hablar de nacionalismos, en plural, que de nacionalismo. Probablemente, en la edad contemporánea, caracterizada por un proceso profundo de secularización, los nacionalismos desempeñen un papel sustitutorio en la conciencia colectiva para llenar el vacío dejado por la marginación de lo religioso. Carlton

do y futuro». Universidad de Santiago, 1994. R. L. Acuña: «Las tribus de Europa». Barcelona, Ediciones B, 1993. Vid. también N. López Calera: «El nacionalismo, ¿culpable o inocente?». Madrid, Tecnos, 1995, y J. Daniel: «Viaje al fondo de la nación». Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1995.

² G. Delannoi: «La teoría de la nación y sus ambivalencias». En G. Delannoi, P. A. Taguieff (compiladores): «Teorías del Nacionalismo». Barcelona, Paidós, 1993. p. 11.- J. Y. Guiomar: «Qu'est-ce que la nation? Une définition historique et problématique». En «Nations...», Bulletin cit. pp. 2-14, y del mismo autor: «La nation entre l'histoire et la raison». París, La Découverte, 1990.

³ F. NIETZSCHE. «Más allá del Bien y del Mal». Madrid, Mateos, 1993. p. 201.

Hayes⁴, uno de los autores clásicos en el tratamiento del nacionalismo, ha señalado con énfasis la relación entre lo nacional y lo religioso. E igualmente tajante resulta la postura de Seton-Watson, el eminente eslavista: «El nacionalismo se ha convertido en el gran sucedáneo de la religión. La nación, tal como la comprende el nacionalista, es un sustituto de Dios»⁵. En los movimientos independentistas guiados por la bandera del nacionalismo la retórica de los mitos movilizadores eleva al nivel del martirio a los caídos en defensa de la causa, y no es difícil espigar textos probatorios en los casos de los irlandeses, galeses, polacos o vascos. Por otra parte la actividad de un clero como soporte social del credo sustitutorio parece reforzar esta tesis de la epifanía de un nuevo evangelio secular. De «religión abertzale» escribe Aranzadi⁶ en su análisis del nacionalismo vasco, y resulta indiscutible que el catolicismo configura una matriz tanto en el aspecto histórico como en el ideológico. Esta dimensión configuradora de lo religioso es aun más clara en el nacionalismo irlandés. Pero nuestra postura no se ciñe a reconocer que la religión aparece como una de las raíces de los nacionalismos sino que va más allá en el sentido de que creemos que ya como ideología o mito ya como sentimiento lo nacional puede reemplazar a la religión, asumir en sustitución de ella el papel aglutinador que en otras épocas tuvo la creencia religiosa, y ofrecer, al igual que ésta, su panoplia de creyentes, biblias, predicadores, fanáticos y conversos.

EL NACIONALISMO. PROBLEMAS DE DEFINICIÓN

Para comprender la dimensión histórica del nacionalismo se ha formulado por sociólogos e historiadores una pléyade de modelos explicativos. Remitimos a algunos estudios⁷ que presentan un cuadro bastante completo de los

⁴ C. J. H. Hayes: «Nationalism as a Religion», en «Essays on Nationalism». Nueva York, Macmillan, 1926. M. Jeismann: «Nationalisme et identité politique en Allemagne». En «Nations...», *Bulletin cit.* pp. 42-44.

⁵ H. Seton-Watson. «Nations and States. An inquiry into the origins of Nations and the politics of Nationalism». Londres, Methuen, 1977.

⁶ J. Aranzadi. «La religión abertzale». En J. Aranzadi, J. Juaristi, P. Unzueta: «Auto de Terminación». Madrid, El País-Aguilar, 1994.

⁷ Delannoï, Taguieff: o.c. - J. Hutchinson, A. D. Smith: «Nationalism». Oxford University Press, 1994. recoge una antología de páginas de tratados contemporáneos sobre el nacionalismo. A. de Blas Guerrero: «Nacionalismo y naciones en Europa». Madrid, Alianza Universidad, 1995. Estudios diversos sobre formas de nacionalismo y su especificidad en varios países, bajo un título engañoso: VV.AA.: «El nacionalisme catalá a la fi del segle XX». Barcelona, Edicions de la Revista de Catalunya, 1994. Aunque con un enfoque más restringido, conectando nacionalismo y patriotismo, especialistas de renombre —Breuille, Alter, Kamenka— han colaborado en un libro del mayor interés: R. Michener (ed.): «Nationality, Patriotism and Nationalism». Saint Paul, Minnesota, PWPA Book, 1993.

modelos y nos limitamos aquí a una indicación sumaria, sin otro propósito que el de acreditar la complejidad del fenómeno.

En gran parte de las interpretaciones la eclosión del nacionalismo se entiende como un fenómeno interrelacionado con los procesos de modernización. Los seguidores de la escuela del «National-building», la emergencia de los Estados Nacionales, que cuenta entre sus autores a Karl Deutsch⁸, entienden que los sentimientos de pertenencia a una comunidad nacional son inseparables de la organización moderna del Estado, con sus instituciones, complejidad de la economía y procesos culturales. Para Deutsch el ideario nacional es un fenómeno mental sólo posible dentro de un modelo político moderno. Desde el punto de vista cultural podría sostenerse la necesidad de una infraestructura desarrollada. En nuestra opinión sin una red de comunicaciones, sin prensa generadora de opinión, sin una política escolar que arranque a las masas de las sombras del analfabetismo, difícilmente prende la conciencia nacionalista en un pueblo. Renombre de clásica ha alcanzado la obra de Ernest Gellner⁹, quien ubica el nacionalismo en la transición de una sociedad feudal a una sociedad industrial; «se requiere una intelectualidad y un proletariado para formar un movimiento nacionalista efectivo». Aunque la línea interpretativa tradicional correlacionaba nacionalismo y revolución política, al insertarse en el proceso modernizador el binomio prevalente sería el formado por nacionalismo y revolución industrial, y los conflictos generados por los nacionalistas en el seno de una sociedad no serían de diferente naturaleza que los generados por la industrialización. Así los autores marxistas —Otto Bauer, Rosa Luxemburgo, Stalin, Lenin— interpretaron los conflictos de índole nacional como una variante de los conflictos de clase y el nacionalismo como la expresión de los intereses de la clase burguesa. Por el contrario, otros autores, dentro de la teoría del conflicto, mantienen la tesis de que el nacionalismo desencadena dentro de un Estado imperial tensiones de naturaleza estrictamente política, a partir de las cuales se produce el nacimiento de nuevas naciones. En esta línea Breuilly¹⁰ explica el movimiento unitario en Italia, Alemania y Polonia como el instrumento ideológico de elites despojadas de las prerrogativas del poder.

Frente a los historiadores que ven en el nacionalismo una construcción

⁸ K. W. Deutsch: «The Analysis of International Relations». Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1978.

⁹ E. Gellner: «Naciones y nacionalismos». Madrid, Alianza, 1988. Esta síntesis clásica se completa con la colección de ensayos del autor: «Encuentros con el nacionalismo». Madrid, Alianza, 1995. Como estudios generales: M. Albertini: «L'idée de nation». París, P.U.F., 1969; y J.-L. Chabot: «Le nationalisme». París, P.U.F., 1986.

¹⁰ J. Breuilly: «Nacionalismo y Estado». Barcelona, Pomares-Corredor, 1990. Vid. Ch. Charle: «Sentiment national et nationalisme en France au XIXe siècle», en «Bulletin de la Société...» cit., pp. 22 y ss. B. Bruno: «Nazionalismo», en «Storia de Italia», 2. Florencia, La Nuova Italia, 1978. G. Franco: «Il nazionalismo italiano». Roma-Bari, Laterza, 1981.

aparecen los que lo contemplan como un fenómeno de difusión. Hans Kohn¹¹, figura cimera en la investigación sobre los nacionalismos, podría encuadrarse en esta línea, que presenta los movimientos nacionalistas en oleadas, cuyos momentos de máxima longitud de onda podrían establecerse tras la Revolución Francesa y después de la primera guerra mundial. En estrecha relación con los difusionistas deben colocarse los funcionalistas, con Kedourie¹² como su autor más conocido: en una sociedad atomizada por la destrucción de las estructuras tradicionales, el nacionalismo surge como un instrumento de coherencia.

Para cualquier estudioso del tema resulta imprescindible la consulta de la obra de Miroslav Hroch¹³, el más original representante de los modelos sociales. Hroch aplicó métodos cuantitativos al nacionalismo precoz y retrató las estructuras sociales de los pequeños países europeos en los que surgió un movimiento nacionalista: checos, bálticos —incluyendo noruegos y finlandeses—, flamencos, eslovacos. Al comprobar que los focos eran pequeñas ciudades artesanales y agrícolas que aprovisionaban a mercados lejanos, pero no estrictamente emporios industriales, demostró que el modelo de modernización, que interrelacionaba industrialización y nacionalismo, no podía ser aplicado en todas partes, añadiendo así nuevas objeciones al intento de identificar el nacionalismo como un fenómeno unitario.

A partir de la eclosión de la filosofía ilustrada, que inspiró los movimientos políticos revolucionarios, es larga la lista de pensadores que se ocuparon en la definición o clarificación del nacionalismo: Lessing, Wieland, Kant, ocasionalmente Goethe, y en mayor medida Schiller, Möser, Herder, proporcionaron páginas sobre el tema, pero es claro que la exposición de sus aportaciones no cabe dentro del espacio limitado de estas páginas.

Un concepto complejo, más aun ambiguo, ha resultado de difícil definición, y un recorrido por diccionarios lingüísticos o de ciencias sociales como el que ha realizado Hobsbaum¹⁴ lo demuestra. Los textos revolucionarios franceses cuando hablan del pueblo libre y soberano parecen estar aludiendo a la nación, identificando pueblo-soberanía-territorio. Pierre Vilar ha precisado que lo que caracteriza el concepto pueblo-nación es la primacía de los intereses colectivos frente a los intereses de cada uno de los individuos. Pero su defensa colisiona fácilmente con los intereses colectivos de otros pueblos. De este antagonismo derivan los juicios negativos, que consideran el nacionalis-

¹¹ H. Kohn: «Historia del nacionalismo». Madrid, F.C.E., 1984.

¹² E. Kedourie: «Nacionalismo». Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1988.

¹³ M. Hroch: «Social Preconditions of National Revival in Europe». A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations». Cambridge University Press, 1985. J. Coakley (edit): «The Social Origins of Nationalist Movements». The Contemporary West European Experience. Londres, Sage, 1993.

¹⁴ E. J. Hobsbawm: «Naciones y nacionalismo desde 1870». Barcelona, Crítica, 1991.

mo sinónimo de intolerancia; sin embargo habría que matizar que no se superponen nación y nacionalismo, sino que este parece ser únicamente una de las ideologías, la más excluyente cuando se trata de la defensa de la nación. El punto de partida de esta exégesis se encuentra probablemente en lord Acton, quien en 1862 en su ensayo «Nationality» subrayó sus peligrosas implicaciones, línea que se mantuvo en historiadores posteriores, entre los más ilustres Huizinga, quien definía el nacionalismo como la ideología de un pueblo que antepone sus intereses a los de otras naciones, definición que así expresada, sin otros aditamentos, nos llevaría a considerar el nacionalismo como una ideología universalmente profesada por todos los pueblos a lo largo de los siglos. Más restrictiva, reservándola para una forma extrema de ideario, es la definición de una enciclopedia alemana de 1955: «una forma de pensamiento exagerada e intolerante en relación a la nación»¹⁵. Bien nítida resulta aquí la distinción entre nación y nacionalismo.

El supuesto de que la nación antes que una realidad natural es una realidad histórica que depende de la voluntad de un conjunto de hombres fue expresado con toda claridad por Adam Smith, si bien tuvo mayor eco la famosa conferencia de Renán, en la cual se definía la nación como «el plebiscito de todos los días». Entre otras que podríamos recoger, nos parece que la definición de Peter Alter resulta de gran precisión:

«una nación puede ser entendida como un grupo social (o pueblo, o parte de pueblo), que por el conjunto de relaciones históricamente generadas de lengua, cultura, religión o política, ha llegado a ser consciente de su coherencia, unidad política e intereses particulares»¹⁶.

En parte la complejidad del concepto deriva de que en el término nación se confunden dos nociones diferentes¹⁷, las de nación cultural y nación política (*Kulturnation* y *Staatsnation*). Hans Kohn describe la nación cultural integrada por una serie de elementos: herencia común, lengua propia, área de asentamiento, religión, costumbres, historia como núcleo de la memoria colectiva. Meinecke ha descrito preferentemente la nación política, apoyada en el principio de la autodeterminación y la soberanía, por tanto en la línea de Renan. De hecho han existido naciones culturales prepolíticas, es decir, antes del acceso o conquista de la independencia o de la unidad estatal, casos de Polonia, Italia y Alemania. Y cabe citar ejemplos de pueblos que pueden corresponder a una nación cultural y optar por otra nación política diferente; por ej. los alsacianos, germanos de lengua y cultura originariamente, que son franceses en el orden

¹⁵ Grösser Brockhaus. Wiesbaden, 1955.

¹⁶ P. Alter: «Nationalism». Londres, Arnold, 1989, p. 11.

¹⁷ A. de Blas Guerrero. «Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas». Madrid, Espasa-Calpe, 1984. Cap. II, pp. 27 y ss.

político porque así lo decidieron, y, naturalmente, porque los vientos de los acontecimientos históricos les permitieron finalmente insertarse en la nación política por la que habían optado.

COMPONENTES ESTRUCTURALES DE LOS NACIONALISMOS

En 1913 aparecía en la revista *Prosveschenie* el artículo de José Stalin: «El marxismo y la cuestión nacional». Aunque sus teorizaciones sobre la naturaleza de la nación no fueron aceptadas en su integridad ni siquiera por Lenin, quien le había encargado su elaboración, sin duda constituye uno de los escritos más didácticos acerca de los elementos y la configuración histórica de las naciones. Stalin examina sucesivamente en la nación la comunidad de hombres, idioma, territorio, vida económica y cultura, para sintetizar su definición de nación: «Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura»¹⁸. Si revisamos los componentes estructurales que los historiadores han atisbado comprobamos que coinciden con los de Stalin, aunque habría que añadir algún otro. Sorprende, por ejemplo, que el dirigente bolchevique no haga mención del Estado.

No obstante las diversas teorías le otorguen una importancia desigual, entre las raíces de los nacionalismos contemporáneos es inexcusable considerar en primer término la política. «El nacionalismo es inconcebible sin anteponerle la idea de la soberanía popular», afirma Kohn. En este supuesto debería considerarse uno de los frutos de la filosofía ilustrada y de los principios defendidos en la Revolución Francesa. Con la irrupción del Tercer Estado, cuyo protagonismo fue destacado por Sieyès, se desvió el centro de gravedad de la Corte y de las clases privilegiadas tradicionales hacia el mundo de los negocios, o las posibilidades expresivas de los idiomas y las manifestaciones del arte. Solo en países donde no se disfrutaba de soberanía política o no existía un Estado unitario, como ocurría en Alemania, Italia o Polonia, el sentimiento nacional encontró su expresión en el terreno de la cultura, y se comenzó a hablar del «Voksgeist», del espíritu del pueblo. Si bien, por supuesto, solían combinarse la defensa de la independencia política con la reivindicación de una herencia cultural, binomio muy claro en los textos de Alejandro Ypsilantis en el proceso independentista helénico. En los diccionarios la palabra gobierno no se une a nacionalismo hasta 1884 —ha precisado Hobsbaum—, pero en los textos políticos esta simbiosis es muy anterior. En su llamamiento a los griegos en 1821 Ypsilantis¹⁹ les pedía que rompieran las cadenas otomanas, concluyendo,

¹⁸ J. Stalin. «El marxismo y la cuestión nacional». Madrid, Fundamentos, 1976. p. 25.

¹⁹ P. ALTER: o.c. p. 16.

tras una serie de invocaciones emotivas a la grandeza pasada, que debían luchar para construir una comunidad libre.

En principio la soberanía o capacidad de decisión de una colectividad sin ingerencia de poder extraño solo puede ejercerse y concebirse dentro de un territorio delimitado. De ahí que el territorio, demarcado por fronteras, constituya un componente esencial del nacionalismo. La nación es entre otros elementos estructurales un espacio más o menos grande, al que los ciudadanos se sienten vinculados afectivamente y cuyo dominio están dispuestos a preservar, aunque no conozcan directamente su totalidad ni sus confines²⁰. En el Romanticismo el amor a la tierra propia se amplía con la curiosidad universal por los territorios y particularidades de otras naciones, fomentando la práctica de los viajes, como se recoge no sólo en las narraciones de los escritores viajeros sino también en las revistas de la época. Una nación no se concibe sin su territorio. Ocupado en ocasiones parcialmente ese territorio por un poder extraño, los sentimientos irredentistas se manifiestan como fenómenos de larga o media duración y pueden canalizar los movimientos de masas o los programas políticos a lo largo de un periodo dilatado.

La conciencia de grupo ha de ser considerada otro elemento matriz. «Un grupo de individuos que tiene conciencia de su unidad», así definió la nación un psicólogo americano. Que el grupo se sienta perteneciente a una determinada etnia no es imprescindible para que surja el sentimiento nacional, en ocasiones pluriétnico; pero la conciencia de que ese grupo tiene un origen común debe ser establecida como hipótesis en cualquier indagación. Y por supuesto el componente étnico puede ser un elemento cohesionador, y aparece con frecuencia en las formas del nacionalismo exaltado.

La religión, fuerza dominante en los siglos medievales y modernos, aunque sea ideología de vocación universal, con frecuencia se transmuta en uno de los vectores del nacionalismo. A veces en el seno de un Estado se convierten las diferencias de credo religioso en elementos centrífugos que debilitan o hacen saltar el entramado político unitario; pero en otras se erigen en mecanismo defensivo de la nacionalidad más débil, caso de los irlandeses católicos frente a los ingleses anglicanos.

En estrecha relación con el principio de la soberanía se imbrica la defensa de una cultura propia²¹, a partir de las formas de pensamiento y expresión o sensibilidad que cada pueblo posee. Sin conciencia de nación no existe sentimiento nacional, y este sentimiento suele formarse por medio de la educación, familiar y escolar, orientada hacia ciertos valores, objetos, símbolos y hábitos. No surge ni el sentimiento ni la conciencia por generación espontánea sino que

²⁰ A veces se entiende en sentido restrictivo, simplemente como espacio económico. Vid. J. Sole Tura: «Nacionalidades y nacionalismos en España. Autonomías, federalismo, autodeterminación, Madrid, Alianza, 1985, pp. 24 y ss.

²¹ *Ibidem*.

deriva de un proceso en el que desempeñan un papel insustituible minorías cultas, en las que comparecen filólogos, poetas, historiadores, políticos. Así para los alemanes fueron decisivas las figuras de Herder, Schelling y Fichte, para los griegos Korais, para los irlandeses O'Connell, Mickiewicz para los polacos o Palacky para los checos.

En este terreno de la cultura ningún componente ha desempeñado un papel tan profundo como la lengua. Los ciudadanos de una nación se comunican entre sí, y sólo brota un sentimiento de pertenencia a una entidad común en la medida que disponen de un medio de comunicación hablado y escrito. La exaltación de la lengua como médula del carácter nacional, que se erigirá en una de las columnas del Romanticismo, tuvo en Herder uno de sus profetas. Tanto en la música popular como en la poesía Herder veía la expresión del alma de la colectividad. Si para Rousseau la nación se apoyaba en la voluntad general, para Herder se trataba de algo menos coyuntural, un fenómeno relacionado con la marcha de una comunidad hacia la civilización, que disponía de su instrumento expresivo en el idioma. Su llamamiento a las fuerzas vivas de la cultura y a la defensa de los idiomas calaron no solo en los alemanes sino también en los checos y en los letones de tierra germana. Los clérigos de la Letonia alemana reunidos en Mitau así lo reconocieron, y en sus sesiones un pastor declaró: «la educación de cada pueblo sólo es posible gracias a su lengua natal, que ha sido otorgada por Dios, en calidad de guardián de su nacionalidad»²². En esa misma época, hacia 1813, Ernst Moritz Arndt expresaba el deseo de ver a Alemania unida, hasta los confines donde se oyera hablar la lengua alemana, superponiendo Estado y lengua. En muchos Estados la política uniformadora seguida por los gobiernos y la persecución de las variedades lingüísticas marginó estas lenguas minoritarias de los cenáculos académicos, del mundo del periodismo y de la enseñanza escolar. Los intentos de erradicación y los esfuerzos de persistencia de su cultivo como respuesta colisionaron en episodios de violencia, sin que en ningún caso la severidad de la política uniformadora, por ej. la seguida por los zares en Rusia, obtuviera resultados definitivos. Por el contrario para los padres de los nacionalismos la lengua se convirtió en la reivindicación sagrada, aunque la diversidad de las situaciones fue clara²³. En tierras de checos, eslovacos y rumanos la lengua nacional quedó relegada a la condición de dialecto

²² En Kohn: o.c. pp. 599 y ss. P. Penisson: «Johann Gottfried Herder». París, du Cerf, 1992.

²³ P. Alter: o.c. pp. 43 y ss. F. García de Cortazar, J. M. Azcona: «El nacionalismo vasco». Madrid, Historia 16, 1991, pp. 51-53. A. Baucells: «El nacionalismo catalán». Madrid, Historia 16, 1991, pp. 21-23. J. M. Sole i Sabate, J. Villarroya: «Cronología de la repressió de la llengua i la cultura catalana. 1936-1975». Barcelona, Curial, 1994. «Nación y nacionalidades en España». Actas del coloquio internacional de París, marzo de 1984. París, Fondation Singer-Polignac, 1985, incluye trabajos que comprenden desde el ordo de los nacionalismos hispanos en el XIX hasta su tratamiento en la Constitución de 1978. Las diversas expresiones de los nacionalismos en España, en P. Anguera et alii: «III es. Jornades de Debat. Orígens i formació dels Nacionalismes a Espanya». Reus, Assaig, 1994.

campesino. En otros países persistió cubierta por la omnipresencia de la lengua oficial, casos del catalán, gaélico y flamenco. En los países bálticos se mantuvo en las zonas rurales pero no alcanzó el nivel literario. En Irlanda se difundió la enseñanza del gaélico en las escuelas desde mediados del s. XIX a pesar de los esfuerzos legislativos obstaculizadores de las autoridades de Londres. En general la defensa de la lengua propia se erige en símbolo de independencia política; pero a veces aparece vinculada al mantenimiento de otro de los elementos estructurales del nacionalismo, por ej. en el caso vasco a la religión. Al respecto escribe Aranzadi: «No se trata sólo de que, como Larramendi advierte y los curas del XIX aceptan, abandonar el euskera conduce a abandonar la religión y caer en el pecado aceptando las heréticas ideas nuevas que el castellano transmite, sino de que abandonar el euskera es por sí mismo incurrir en pecado, supone perder la fe, oscurecer la verdad revelada»²⁴. Subyace en este planteamiento una elaborada teología lingüística, que constituye otro de los elementos de la mitología foral, aunque suponga un falseamiento de la realidad histórica y un olvido de las raíces vascas del castellano. Patxo Unzueta²⁵ replica a las tesis del radicalismo étnico-lingüístico de Guy Heraud, que postula un estado en cada área lingüística: «La aplicación estricta de la propuesta de Guy Heraud obligaría a los nacionalistas a renunciar a casi la totalidad de la provincia de Alava, buena parte de la de Navarra y toda la zona occidental de Vizcaya. Se trata, por tanto, de un criterio ruinoso para las aspiraciones nacionalistas». A pesar de que identificar lengua y nación ofrece bastantes inconvenientes, entre otros la existencia de cinco mil lenguas en el mundo, es indudable que la lengua es uno de los elementos matrices del sentimiento nacional.

NACIONALISMO DE EMANCIPACIÓN Y NACIONALISMO RADICAL

¿Debe ser considerado el nacionalismo una fuerza constructora, como cantó Mazzini? ¿O destructora, como acusó Adenauer. He aquí el dilema que tantas polémicas ha centrado. En una visión panorámica de los dos últimos siglos podrían certificarse múltiples ejemplos en favor de la idea del patricio italiano del Risorgimento y no menos para respaldar el juicio del canciller alemán de posguerra. Como aclaración previa habría que distinguir de qué tipo de nacionalismo se habla, porque el término común encierra procesos y fenómenos diferentes y aun en algunos puntos antagónicos, hasta el punto de que el ideario nacionalista se ha revelado en unos casos como instrumento de liberación y en otros de opresión.

²⁴ J. Aranzadi: «La religión abertzale». En «Auto de Terminación», o.c., p. 83.

²⁵ P. Unzueta: En «Auto de Terminación», o.c., p. 153. Vid. también análisis plurales de elementos estructurales en M. Keating: «Naciones contra el Estado. El Nacionalismo de Cataluña, Quebec y Escocia». Barcelona, Ariel, 1996.

En los procesos de construcción nacional el ideario nacionalista se ha reafirmado en una postura *anti*, frente otras comunidades vecinas. Así el nacionalismo alemán se manifestó durante la época napoleónica como un sentimiento antifrancés, posteriormente —antes y durante la guerra de los ducados— se expresó como un ideario antidanés, inmediatamente después antiaustriaco y en los años que precedieron al primer conflicto mundial antiinglés, en el contexto del proceso de reparto colonial y de rivalidad entre potencias industriales. Nietzsche, de algunas de cuyas páginas hicieron bandera los acólitos del nazismo mediante una lectura interesada, consideraba «fiebre nerviosa» y «accesos de estupidez» la cadena de antis sentida por los alemanes: «En los alemanes actuales, por ejemplo, esa estupidez se manifiesta en ser antifranceses, otras antijudíos, otras antipolacos, otras cristianos románticos, otras wagnerianos, otras prusianos (repárese si no en esos pobres historiadores como Sybel y Treitzschke con sus cabezas llenas de vendas), sea cual sea el nombre que se les quiera dar a todas esas pequeñas obnubilaciones del espíritu y de la conciencia alemanes»²⁶. Sin embargo, en otros casos la postura anti fundamentó la rebeldía contra un dominio. La oposición a un Estado opresor se materializó entre los pueblos balcánicos en un programa antiturco, entre los irlandeses en un movimiento antiinglés, en los polacos se repartió en una actitud de rechazo frente a rusos, prusianos y austrohúngaros; en nuestro tiempo, a partir de la segunda conflagración mundial, los jóvenes Estados africanos y asiáticos se afirmaron invariablemente sobre un fuerte sentimiento antimetrópoli, ya se tratara de Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica u otra nación europea.

En estos ejemplos el nacionalismo comparece en la historia contemporánea como una fuerza liberadora, que desata energías para desmontar un sistema de dominio. Este modelo es llamado por Peter Alter «nacionalismo de Risorgimento», o de resurrección o emancipación, rememorando el proceso y el título de la revista que dio nombre a todo el movimiento nacional italiano. Sus profetas fueron Herder y Mazzini. Como ejemplos acabados, podríamos citar los de Grecia y los estados balcánicos en el largo proceso de desmantelamiento del imperio turco. Incluso, en el mecanismo de ruptura de un estado imperial, pueden surgir movimientos subnacionalistas que multiplican las entidades políticas, como ocurrió con el imperio de los Auggsburgos en 1918 y en la URSS tras la revolución de 1991. Una variante del nacionalismo emancipatorio sería el nacionalismo de reforma o de modernización, que galvaniza las energías de un pueblo para salir de un estadio de inferioridad; tal fue el objetivo del Meiji nipón y del programa desislamizador de Atatürk en Turquía.

El nacionalismo de resurrección o resurgimiento empleó algunos instrumentos para conseguir sus objetivos²⁷. En primer lugar sociedades. En el

²⁶ F. Nietzsche: o.c. p. 200.

²⁷ P. Alter: o.c. pp. 47-49. Excelente análisis de algunos modelos nacionales en la obra colectiva R. Michener (ed.): «Nationality, Patriotism and Nationalism». *o. cit.*

orden político podría citarse en diferentes países la eclosión de las sociedades secretas, activas en las sucesivas pulsaciones revolucionarias del s. XIX (Carbonarios, Joven Italia etc.). En el orden cultural hay que recordar Academias e Institutos. Los checos demandaron igualdad cultural con los alemanes en la revolución de 1848, y esa demanda fue canalizada por medio de ciertas instituciones culturales. En 1882 conseguían la bifurcación de la Universidad de Praga en dos centros, alemán y bohemio. En segundo lugar habría que recordar a los historiadores, como generadores de una conciencia nacionalista. En 1819 publica von Steim los «*Monumenta Germaniae Historica*», inicio de una larga serie que en diferentes países busca en el pasado las raíces de la grandeza o la personalidad nacional. Esa edad dorada que se debe resucitar fue para los griegos el imperio bizantino —antes que la Grecia clásica—, para los italianos el imperio romano, para los alemanes el Sacro Imperio Romano Germánico, los reinos celtas para los irlandeses, el imperio medieval de Vytautas para los lituanos. En tercer lugar desempeñó un papel de despertador nacionalista el monumento, las «*pedras sagradas*» de que habló Víctor Hugo. Cuando el monumento se erigía a un estadista de la antigüedad o a un héroe de los siglos medievales nos hallamos con un recurso más de la invocación histórica al pasado ilustre, pero además las naciones jóvenes o maduras elevaron monumentos a efemérides que simbolizaban la gloria contemporánea: en Leipzig el monumento a la batalla de las naciones, en Madrid a los héroes del Dos de Mayo, en Roma a Vittorio Emanuele, en Dublín a O'Connell, en Edimburgo a Walter Scott. Se sembraban los símbolos, ingredientes esenciales del ideario nacionalista en la conciencia de los pueblos.

El contratipo del nacionalismo de emancipación es el nacionalismo radical. No es necesario indicar que el desarrollo de este tipo, con variantes como el fascismo italiano o el nacionalsocialismo, no cabe en el espacio de que disponemos, pero conviene destacar dentro de la tipología de los nacionalismos su carácter de contraste. Por su vocación expansiva, Carlton Hayes lo denominó nacionalismo jacobino. Sus notas de radicalismo, extremismo, violencia como medio, expansionismo como meta, lo diferencian del anterior modelo considerado. «*Acción Francesa*» de Maurras podría servir de ejemplo de contratipo. El culto al suelo y a la muerte, la violencia contra las minorías, llenan páginas de los predicadores del nacionalismo radical. En contraste con el nacionalismo de emancipación, que predica la igualdad, tanto de los pueblos como de las naciones, y en razón de esa igualdad reclama la libertad para todos, el nacionalismo radical postula la desigualdad de los pueblos y la superioridad de la nación propia sobre las restantes. En sus raíces se agazapan principios darwinistas mal digeridos. Su exaltación del líder, la devoción absoluta a la Nación —como una nueva religión—, la ruptura de las barreras morales en la persecución de los objetivos, incluyendo la violación del derecho, el expansionismo con la predicación del «*Lebensraum*», la deriva irracional hasta el genocidio, son rasgos y frutos de las doctrinas hipernacionalistas.

Al igual que el nacionalismo emancipador el nacionalismo radical tuvo sus formas de organización y sus movimientos ²⁸. En Alemania se formó en 1891 la Liga Pangermana, como culminación de un proceso muy intenso en el decenio anterior, del que fueron jalones la Asociación para las comunidades germanas (1881) y la Sociedad Colonial Germana (1887), o la Liga Naval Alemana, que llegó a tener 80.000 miembros. Pero también en Gran Bretaña, considerada adelantada del parlamentarismo, la proliferación de células similares muestran que el hipernacionalismo llegó a afectar a todos los países: Liga Naval (1894), Liga Imperial Marítima (1904). En Francia podrían citarse la Liga de Patriotas, o las organizaciones nacionalistas surgidas en torno al caso Dreyfus. En Italia postulaban una política exterior expansiva desde la Sociedad Dante Alighieri, Liga Naval, Sociedad Geográfica, hasta grupos políticos, que encontraron años después su paladín cuando Sonnino asumió la cartera de Exteriores. Todos buscaban «un lugar en el sol», como escribió Von Bülow. Aunque en el caso de Alemania además se postulara la identificación Pueblo-Raza, el ejemplo más exaltado de nacionalismo étnico o de etnia como base de la nacionalidad, que desembocaría en la cristalización de la ideología más peligrosa del siglo xx.

ALGUNOS EJEMPLOS HISTÓRICOS

Sólo de manera indicativa recogemos algunos ejemplos de nacionalismos, en los cuales es posible detectar los ingredientes señalados, o parte de ellos, como elementos estructurales. En la historia contemporánea de Gran Bretaña comparece como un factor de distorsión el nacionalismo irlandés, pero apenas ha merecido atención el galés, lo que nos lleva a citarlo en primer término. Gales ²⁹ compartió el destino de Inglaterra desde las invasiones de romanos, sajones y normandos. A partir del siglo xiv quedó unida políticamente a su vecina mayor y sus elites se anglicaron e intentaron mantener un status de prestigio trasladándose a Londres, para esquivar las prohibiciones que les ataban en su propio país, entre otras la de posesión de un castillo. El renacimiento evangelista del siglo xvii y la conveniencia de impartir los sermones en galés contribuyeron a la difusión de libros en lengua vernácula. Las doctrinas de Priestley y Stuart Mill, que negaban al Estado el monopolio de la enseñanza, contribuyeron a cierta laxitud de las autoridades de Londres en el terreno educativo y permitieron la enseñanza en la lengua del país. En 1770 aparecía el primer periódico en galés. De esta forma el nacionalismo galés asumió una

²⁸ P. Alter: o.c. pp. 28 y ss. J.-P. Rioux: «Nationalisme et conservatisme, la Ligue de la Patrie Française. 1899-1904». París, Beauchesne, 1977. L. Rudolf, F. Valsecchi (dir.): «Il nazionalismo in Italia e in Germania fino alla Prima guerra mondiale». Bolonia, Il Mulino, 1983.

²⁹ Kohn: o.c. pp. 384 y ss.

forma estrictamente cultural, con la defensa de un credo religioso, una lengua propia y la multiplicación de las investigaciones arqueológicas, pero no derivó en ninguna expresión política de lucha contra un poder extraño.

Diferente y de mayor relevancia fue el nacionalismo irlandés. Su elemento medular fue el catolicismo, que asumió un papel galvanizador ante la existencia de un poder político-religioso extraño, identificado con el anglicanismo. A un visitante actual de Eire le llama la atención la carencia de catedrales en las ciudades o la dimensión impresionante de las ruinas de los grandes monasterios, huellas arquitectónicas de una experiencia histórica, en la cual, a diferencia de otros países católicos, la Iglesia no fue protegida por el Estado sino por el contrario acosada con todo tipo de expedientes. A principios del siglo XVIII florece el gaélico como lengua culta, aunque se reducía su área de implantación a algunas regiones del oeste, mientras en el resto del país el inglés se convertía en el vehículo de expresión popular. Pero el catalizador definitivo no sería religioso ni lingüístico, sino político, aunque también habría que añadir social. La conciencia de que la isla afrontaba graves problemas económicos, cuya única solución parecía ser la emigración³⁰, llevó a los más lúcidos irlandeses a postular la libertad política. «Sois y debeis ser tan libres como vuestros hermanos los ingleses», escribió Swift en «Las cartas de Drapier» (1779). El proceso arrancó por tanto de reivindicaciones políticas, como un corolario de la práctica de las libertades inglesas y en un movimiento casi idéntico al de las colonias norteamericanas, contempladas como protomodelo; y sólo después esa demanda de libertad encontró sus temas de protesta en la defensa de un pueblo oprimido, una lengua marginada y una religión no respetada. James Joyce, en sus conferencias impartidas en Trieste en 1907 acerca de Irlanda y el nacionalismo irlandés, después de precisar las diferencias religiosas, lingüísticas y en general culturales con Inglaterra, reafirmaba que el ideario nacional se nutría del abandono inglés, es decir de razones políticas: «Ahora los ingleses desprecian a los irlandeses por su catolicismo, su pobreza y su ignorancia. Sin embargo, no es fácil justificar tal desprecio. Irlanda es pobre porque las leyes inglesas han arruinado las industrias del país, especialmente la lanera, porque la desidia del gobierno inglés durante los años llamados del «hambre de la patata» motivó que la mejor parte de la población muriese de hambre, y porque, bajo la presente administración, mientras Irlanda va quedando despoblada y en ella apenas se cometen delitos, los jueces perciben sueldos regios, y los administradores políticos, así como los funcionarios, cobran altas sumas para desarrollar una labor ínfima o nula»³¹.

En el nacionalismo polaco desempeñó un papel crucial la identificación con el catolicismo, unida a su historia trágica de ocupaciones y divisiones. Nos

³⁰ Cormac O Grada: «Ireland before and after the Famine. Explorations in Economic History, 1800-1925». Manchester University Press, 1993.

³¹ James Joyce: «Escritos críticos». Barcelona, Lumen. 1971. pp. 243-244.

encontramos aquí con un modelo claro de nacionalismo cultural prepolítico, puesto que aunque no alcanzó su independencia nacional hasta 1918, la religión, la lengua y la defensa de la propia identidad alimentada por la nostalgia histórica de un pasado mejor cohesionaron un sentimiento nacionalista muy profundo. Este nacionalismo tuvo una expresión *anti* repartida hacia Austria, Prusia y Rusia, pero en el siglo XIX terminaría imperando la lucha frente al coloso ruso. Los vientos de la revolución francesa alentaron por primera vez en la edad contemporánea el deseo de independencia, cuando en 1797 las legiones polacas formadas por Henry Dabrowsky luchaban por la libertad polaca y de todos los pueblos, así se decía en sus manifiestos. Más tarde se expresaría en los escritos de Mickiewicz y las melancolías pianísticas de Chopin y culminaría en el levantamiento aplastado por el zar en 1830. En sus poemas Mickiewicz denomina a Polonia el «Cristo entre los pueblos» y la «nación crucificada». Las metáforas religiosas traducen el componente estructural medular del nacionalismo polaco.

Frente a los turcos, los griegos volvieron la vista a un periodo de grandeza política: el imperio bizantino. No deja de resultar sorprendente la casi inexistente evocación de la Grecia clásica en los documentos de la independencia griega, aunque reaparecerá en un momento inmediato. En este caso preponderaron los componentes políticos sobre los culturales, y el imperio bizantino ofrecía la imagen de grandeza e independencia, además de la práctica de la religión bajo el patriarca de la iglesia ortodoxa y el ejercicio del idioma hebreo. Unieron los independentistas en este nacionalismo a un decisivo componente de rechazo de dominio extraño las banderas de la religión y la lengua.

El nacionalismo checo encontró en un historiador, Palacky, al auténtico padre de la nación. Frente a los alemanes, Palacky reivindicó un pasado histórico genuino, que en su concepción se apoyaba en la fe protestante, y en concreto en la reforma hussita, así como en la lengua checa y en la idealización del carácter eslavo, para Palacky y otros estudiosos encarnación popular del ideal rousseauiano de la bondad natural, pueblo de hombres piadosos y pacíficos, de campesinos y pastores, que habían vivido en un sistema de igualdad primitiva no alterada por la civilización.

Nos hemos ocupado en otras ocasiones de la emergencia de los nacionalismos bálticos: lituano, letón y estonio³². Baste ahora una referencia sumaria. Ofrecen la originalidad de nacionalismos de pequeños países, cuyas notas particulares han sido desarrolladas por Hroch, y sobre todo la nota única de haber accedido dos veces a la independencia, en 1918 y en 1991. En esta segunda los nacionalismos bálticos presentan un fuerte componente étnico, y por lo tanto propio del nacionalismo radical, en tanto que en su primera aventura indepen-

³² A. Fernández García, L. E. Togores. «Los nacionalismos bálticos: el doble asalto a la independencia». «Cuadernos de Historia Contemporánea», n.º 15 (1993). A. Fernández García: «La independencia de los Estados bálticos (1918-1922)». «Studia Historica» (1992).

dentista se desarrollaron dentro de las pautas del nacionalismo cultural, atento en exclusiva a la conquista de la libertad. Cinco raíces hemos señalado en la génesis de los nacionalismos bálticos. 1. Cultural. Filólogos, universidades, sociedades literarias, desempeñaron su papel en el despertar báltico. Recordemos la «Sociedad Literaria Lituana», fundada en Tilsit en 1879, o el rechazo de la lengua polaca por Basanavicius. En los años sesenta en las tres provincias del imperio zarista se difunden periódicos o se fundan sociedades con el objetivo de la reimplantación de las lenguas por entonces marginadas a zonas rurales. 2. Reforma agraria. La estructura de grandes propiedades, con una clase terrateniente germana o rusa, según las zonas, impulsó la vocación independentista. 3. Inicios de industrialización, con la consiguiente urbanización —las ciudades configuran el ámbito propicio para la protesta— y la aparición de una clase burguesa autóctona. En este aspecto habría que hablar de interrelación nacionalismo—modernización, una de las tesis más seguidas por los teóricos del nacionalismo, como hemos indicado. 4. Emigración. Al igual que en Irlanda, el proceso emigratorio, orientado en este caso hacia Rusia y Siberia, es el resultado de una situación de miseria, que no dejan de denunciar los cenáculos de intelectuales exiliados en Zurich y Londres. 5. Formación de los primeros partidos políticos. Galvanizaron a finales de siglo la resistencia al zarismo opresor. De los tres futuros Estados solo Lituania podía invocar un pasado ilustre, y en efecto no dejó de comparecer la evocación del imperio de Vytautas el Grande (1394-1430), cuando se extendía Lituania de Curlandia al mar Negro y de Varsovia a Voronej y Kiev, con el mismo entusiasmo que el Imperio Bizantino se rememoraba por los griegos de los años de Missolonghi.

EL NACIONALISMO EN ESTA HORA

El nacionalismo es a un tiempo tema de estudio y de actualidad, y no sería aventurado pensar que si se estudia con tanta insistencia es precisamente porque sigue constituyendo una fuerza viva en el mundo de hoy.

Su comprensión exige el análisis de las circunstancias históricas en que nació y actuó en el mundo contemporáneo. En primer lugar la revolución industrial; una escuela interpretativa lo encuadra dentro de los procesos de modernización. De aquí ha de pasarse a analizar los apoyos sociales, puesto que en bastantes casos es la burguesía industrial o comercial la clase que apoya el ideario nacionalista. En segundo lugar ha de contextualizarse dentro de la era de las revoluciones políticas. Si el nacionalismo contemporáneo es de diferente naturaleza al de otros periodos históricos es porque la revolución francesa fletó entre las ideas imperantes que mueven a los pueblos algunos principios que se convirtieron en universales. Y bajo su inspiración la nación pasó de ser una entidad territorial a una entidad político-jurídica formada por el conjunto de los ciudadanos en ejercicio de su soberanía.

Como hemos indicado las raíces son diversas. No todas ellas comparecen en cada una de las experiencias históricas de emergencia nacional, ni presentan la misma relevancia relativa. Pero tanto los documentos como el estudio de los procesos de independencia acreditan que soberanía, territorio, identidad cultural, religión, son los ejes del ideario. Y por supuesto ha de reservarse un papel especial a la lengua, la expresión más viva del genio de un pueblo, como escribió Herder y creyeron con entusiasmo de conversos los románticos. Tengamos en cuenta, no obstante, que la pervivencia de una lengua depende, en cierto grado, de otras categorías como la soberanía, o al menos la autonomía, política. Probablemente atinaba en este punto Fichte, cuando preguntaba con escepticismo: «¿En qué se funda, pues, nuestra esperanza de que sin autonomía política conservaremos, sin embargo, nuestra lengua?»³³.

En el mundo de hoy, y atisbando el futuro, el mayor enigma viene representado por el nacionalismo étnico³⁴. ¿Podemos hablar de naciones o debemos hablar de tribus?. En el caso de los nacionalismos bálticos hemos podido comprobar que ha habido una evolución desde un nacionalismo cultural a un nacionalismo étnico. Seguramente es el caso de algunos nacionalismos en el espacio de la ex Unión Soviética. Y es evidente que el nacionalismo étnico ha constituido el detonante de la gran tragedia yugoslava. Pero, no siendo la cuestión que nos hemos planteado en este trabajo, queda abierta como interrogante, y por tanto como tema de exploración.

³³ J. G. Fichte: «Discursos a la nación alemana». Barcelona, Orbis, 1984.

³⁴ J. Forné: «Las dos caras del nacionalismo. Los nacionalismos étnicos en Europa». San Sebastián, Haramburu, 1995.